

Alégrense siempre en el Señor



Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo estén con ustedes. En un mundo lleno de ansiedad, incertidumbre y de las muchas cargas que llevamos en el corazón, las palabras de san Pablo siguen siendo hoy tan actuales como siempre: «Alégrense siempre en el Señor.» A primera vista, estas palabras pueden parecer difíciles de vivir. ¿Cómo alegrarnos cuando enfrentamos enfermedades, dificultades familiares, preocupaciones económicas, soledad o las muchas cruces de la vida cotidiana?

San Agustín nos ofrece la respuesta: nuestra alegría no se encuentra en las circunstancias cambiantes de este mundo, sino en el amor inmutable de Dios.

El mundo promete felicidad a través del éxito, las posesiones, la comodidad y el reconocimiento. Sin embargo, todas estas cosas son pasajeras. Vienen y van como las estaciones del año. La alegría que Cristo ofrece es diferente. Es más profunda, más fuerte y más duradera, porque no depende de lo que poseemos, sino de Aquel a quien pertenecemos. Nosotros pertenecemos a Cristo.

San Agustín nos recuerda que, aunque el Señor ascendió al cielo, permanece cercano a su pueblo. «El Señor está cerca; no se inquieten por nada.» Estas palabras no son simplemente un pensamiento piadoso; son una promesa. Cristo camina con nosotros en nuestras luchas, nos acompaña en nuestros sufrimientos y nos fortalece en nuestras debilidades.

A través de la parábola del Buen Samaritano, san Agustín nos enseña que Jesús es Aquel que se inclina sobre la humanidad herida para sanarla. Cuando estamos agobiados por el pecado, desanimados por las pruebas de la vida o abrumados por la incertidumbre, Cristo no pasa de largo. Se acerca a nosotros. Nos levanta. Derrama sobre nuestras heridas el aceite sanador de su misericordia y nos sostiene con amor paciente y compasivo.

Más admirable aún es que no solamente nos rescata; nos hace miembros de su familia. Por su Muerte y Resurrección, el Hijo unigénito de Dios nos ha convertido en hijos e hijas del Padre. Ésta es la fuente de nuestra alegría más profunda. Somos amados, redimidos y llamados a la vida eterna.

Como su pastor, los invito a mantener la mirada fija en Cristo. Lleven a Él sus preocupaciones en la oración. Busquen su presencia en la Eucaristía. Permitan que su Palabra fortalezca sus corazones. Anímense mutuamente en la fe y hagamos de nuestra parroquia una comunidad donde la esperanza se renueve, las cargas se compartan y el amor de Dios se haga visible.

El mundo ofrece muchas razones para el desaliento. El Evangelio siempre ofrece razones para la esperanza. Elijamos, por tanto, la alegría que nace de saber que Cristo está con nosotros, que Cristo está por nosotros y que jamás nos abandonará.

Que el Dios de la esperanza llene sus corazones de alegría y de paz. Y que la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, acompañe a ustedes y a sus familias con su amor maternal e intercesión.

Con gratitud por su fe y con la seguridad de mis oraciones, quedo de ustedes en Cristo,

P. Vilaire Philius
Párroco